

Prólogo

LYDIA JIMÉNEZ

*Vicepresidenta de la Fundación Universitaria Española
Directora del Seminario de Pensamiento “Ángel González Álvarez”*

“*T*odas las formas elevadas de la vida femenina presentan la figura de la mujer velada”, escribe Gertrud von Le Fort, y con esta bellísima imagen del *velo* apunta a lo que ella define como el símbolo de lo metafísico y el “símbolo de lo femenino”¹. ¿Qué quiere decir con ello?

La imagen está tan cargada de significado que no es posible expresar con brevedad todo lo que revela. Propio de la mujer es, nos dice la literata alemana, la sencillez, y con ella el amor, la bondad, la compasión, el cuidado y la protección, es decir, todo lo realmente escondido y casi siempre traicionado y minusvalorado en el mundo. Sin embargo, esta minusvaloración no depaupera su influjo ni decide nada respecto de la definición y el valor de lo metafísico femenino, puesto que “*allí donde la mujer es ella misma en toda su profundidad no es ya ella misma, sino un ser que se entrega; pero siempre que se ha entre-*

¹ *La mujer eterna*. Rialp, Madrid 1965, 22.

gado es también novia y madre”², pues con todo su ser remite a aquellos a los que se entrega. Por eso también, cuando la mujer “*entra en acción*” quiere decir que se entrega, a diferencia del varón, que realiza una actividad. Esta realidad de la entrega, entendida espiritual y no sólo biológicamente, y la persona misma que da entregándose a sí misma, queda velada precisamente tras el protagonismo de las personas a las que se entrega.

Esta consideración de Le Fort es muy iluminadora para comprender la diferencia del ser y del obrar del varón y la mujer. Al varón pertenece, en primer lugar, la personalidad, mientras que a la mujer pertenece la universalidad. Así, el varón ocupa habitualmente el primer lugar en la vida histórico-cultural, y la mujer el segundo y en sentido colaborativo. Ahora bien, esto supone que, con su obra, pasa el varón como pasa la corriente, mientras que la mujer (*velada* porque su obra está realizada en clave de abnegación) como la roca no pasa con su obra, sino que permanece en medio de la corriente, en la generación a la que la transmite.³ Resulta ilustrativo comprobar que los grandes hombres muy a menudo se vinculan a grandes madres, mientras que es normal que grandes hombres tengan hijos insignificantes, porque “*el hombre gasta su fuerza en su propia obra [...] la mujer no la gasta, sino que la entrega. El hombre se agota en la obra, se entrega a su talento; la mujer entrega el mismo talento a la generación que sigue.*”⁴

Y así se comprende la idea del velo femenino como un signo que acompaña toda forma elevada de vida femenina. Pero la caída del velo debemos descubrirla como un símbolo terrible de la caída religiosa y

² *Ibid.*, 23.

³ Cf. *ibid.*, 40.

⁴ *Ibid.*, 39.

PRÓLOGO

el ateísmo: tal es el estado de alma donde la criatura pretende ensalzarse a sí misma en lugar de ser ensalzada, afirmarse y no ser afirmada, crear y no colaborar, ser redentora, no corredentora. Partiendo de que el poder más fuerte de la criatura es el femenino, que es el modo más pleno y auténtico de respuesta a Dios, de actuar en el mundo bajo el signo de la colaboración con Dios, concluye la autora alemana con estremecedora claridad: “*en el instante en que el poder más fuerte [el de la mujer] no quiere ser la abnegación, sino la soberanía, surge naturalmente la catástrofe.*”⁵

Así pues, si velado está el ser y el obrar de la mujer según el orden de la gracia, continuando con las reflexiones de Le Fort, para que ella no se traicione a sí misma, debemos preguntarnos si ella entonces, por razones metafísicas, debería renunciar a estar presente en la vida histórica, cediendo este papel al varón.⁶

Para ser enteramente honestos, Le Fort afirma abiertamente que, en situaciones normales, la intervención de la mujer en la historia está llamada a producirse desde aquello que en la cotidianidad tiende a no ser percibido. Si sucede que su obrar, en clave de entrega, por tanto de abnegación, ocupa un primer puesto y relevancia, entonces es porque es llamada a las «grandes acciones» por Dios mismo, llamada que identificaríamos con el carisma. Pensemos en una Isabel la Católica, santa Catalina de Siena, santa Teresa de Jesús o santa Juana de Arco. Ello es visto como algo singular, sin duda, que se produce por iniciativa de Dios –un eco de Le Fort se percibe en *Mulieris dignitatem* y otras reflexiones del magisterio–, ya que sólo Dios puede llamar a la mujer a salir de su ocultamiento, levantando así el velo con que Él mismo la ha cubierto.

⁵ *Ibid.*, 26.

⁶ *Ibid.*, 37s.

¿Cuándo y por qué sucede esto a título excepcional? Le Fort aclara: “*la más elevada vocación de la mujer es siempre un último recurso*”⁷, “*la aparición independiente de la mujer en el terreno cultural es siempre un signo*”⁸ de una situación histórica grave o deficitaria, una respuesta a una elección divina para intervenir en acontecimientos extremos, en que ella tiene más facilidad natural para convertirse en instrumento y receptáculo de la fuerza divina, porque tiene mayor capacidad para extinguir su personalidad, para la abnegación, esto es, para la colaboración y corredención.⁹ Ella sale a la palestra e interviene cuando es necesario, frente a una irregularidad en el hombre o un vacío en sus filas. Una vez realizada su intervención, la mujer repliega nuevamente su actividad, para volver al trabajo silencioso, cuando la situación ya no la requiere. Pensemos en las figuras bíblicas femeninas de Judith o la reina Esther, que confirman esta intervención extraordinaria en momentos de extrema gravedad, y su retorno al silencio tras la misión cumplida. Por eso, el mérito objetivo de la mujer casi siempre es desagradecido, e incluso su título de gloria –nuevamente– aparece bajo el signo del velo.¹⁰

Puede resultar retórico plantearse, echando una mirada al mundo secularizado del siglo XXI, si la aparición de la mujer en el terreno cultural actual es, verdaderamente, signo de una situación histórica grave que requiere su presencia con urgencia. La valoración histórica del mundo contemporáneo del santo papa polaco, y ya antes del beato Pablo VI, han confirmado que existe en estos momentos un nuevo llamamiento divino a la mujer.¹¹ Numerosos son los signos de la gra-

⁷ *Ibid.*, 58.

⁸ *Ibid.*, 55.

⁹ *Ibid.*, 59.

¹⁰ Cf. *ibid.*, 55s.

¹¹ Cf. L. MELINA, “«Dios confía el ser humano de modo especial a la mujer»: una gran

PRÓLOGO

vedad de la situación en que la humanidad está nuevamente en peligro y la presencia femenina es reclamada con urgencia. ¿Cuáles son esos peligros de los cuales la mujer, a la que “*Dios confía el ser humano*”, tiene que protegerlo en la actualidad? Por otra parte, ¿podemos considerar que la propia mujer está hoy en peligro, y que ella misma necesita, tanto como el varón, ser salvada?

Decíamos que el ateísmo –debemos puntualizar que el moderno– se sitúa en una profunda relación con lo que llama Le Fort la “*caída de la mujer*”. Asistimos en nuestra sociedad a un cambio social muy marcado por la mujer y su papel en todos los ámbitos: desde el siglo XVIII los esfuerzos reivindicativos han introducido la idea –masculina– de que la dimensión pública de la persona es requisito imprescindible para un reconocimiento justo de su valor, y de que, en este sentido, la mujer debe conseguir hacerse presente en muchos campos y ocupaciones hasta entonces impensables. Lo cierto es que, no pocas veces, bajo eufemismos de libertad y derechos, se esconde hoy una profunda negación –en muchos sentidos– del ser y de la vocación de la mujer. Por un lado, presenciamos una mayor concienciación del valor y de la especificidad de lo femenino, por otro la cultura actual desorienta con su relativización de todas las diferencias, no sólo culturales, sino incluso biológicas. Una nueva antropología –cuya coherencia con el ser humano real debe ser cuestionada– está detrás de muchos slogans, anuncios, decisiones políticas o educativas.

El peligro del ateísmo contemporáneo es, a nuestro juicio, el más peligroso y destructivo que podríamos pensar. Hoy, de la forma quizá más radical que hasta ahora hemos conocido, el hombre rechaza a Dios negando

intuición de Juan Pablo II”, en PONTIFICIUM CONSILIUM PRO LAICIS, *Dios confía el ser humano a la mujer*. Librería Editrice Vaticana, Roma 2015, 21.

“tener una naturaleza preconstituida por su corporeidad, que caracteriza al ser humano. Niega la propia naturaleza y decide que esta no se le ha dado como hecho preestablecido, sino que es él mismo quien se la debe crear. Según el relato bíblico de la creación, el haber sido creada como varón y mujer pertenece a la esencia de la criatura humana. Esta dualidad es esencial para el ser humano, tal como Dios la ha dado. Precisamente esta dualidad como dato originario es lo que se impugna. [...] No, lo que vale ahora es que no ha sido Él quien los creó varón o mujer, sino que hasta ahora ha sido la sociedad la que lo ha determinado, y ahora somos nosotros mismos quienes hemos de decidir sobre esto.”¹²

En este mismo sentido se expresa el papa Francisco cuando apunta a la crisis que vivimos, que afecta sobre todo al hombre y que apunta a la centralidad de la custodia de lo humano, a la que se refirió desde su primer mensaje en la Misa de inicio de su pontificado. “*La persona humana está en peligro: [...] ¡he aquí la urgencia de la ecología humana!*”¹³.

Stanisław Grygiel ha escrito que la mujer sabe recibir el don del ser mejor que el hombre, sabe, mejor que él, ser amada y amar. Esto hace que el diálogo entre el varón y la mujer sea una enseñanza, por parte de la mujer, del amor, del estar presente dándose, mientras que el varón le descubre a la mujer el trabajo como vehículo de donación. La recuperación de la necesidad de ser por encima del tener es una conquista específicamente femenina, que debe salvar al Hombre de caer esclavo del producir por producir, de la absoluta exteriorización a

¹² BENEDICTO XVI, Discurso a la Curia romana con motivo de las felicitaciones de Navidad, 21 de diciembre de 2012, en: https://w2.vatican.va/content/benedict-xvi/es/speeches/2012/december/documents/hf_ben-xvi_spe_20121221_augur-curia.html

¹³ FRANCISCO, Audiencia general del 5 de junio de 2013, en: *L'Osservatore Romano* (ed. esp.), 7 de junio de 2013, 12.

PRÓLOGO

través de la fabricación, con el olvido de la interioridad de la que brota toda obra fecunda. Esta tarea es la responsabilidad urgente de la mujer, a la que Pablo VI pedía con apremio su colaboración para salvar a la humanidad del riesgo de destruirse a sí misma. Como concluye Grygiel en su prólogo: “*el hombre comprenderá su propio ser a condición de que comprenda a la mujer. En cambio, esto no sucederá nunca si ella no se comprende a sí misma. La autocomprensión de la mujer llega con el fiat en el que se revela su saber ser don*”. Alcanzar esto último es, por ello, tan necesario como apremiante en nuestro tiempo, y lo es, por la misma naturaleza de lo femenino, no sólo para ella misma sino para todo ser humano.

Esto nos permite afirmar que la primera llamada que se dirige a la mujer hoy es la de comprenderse de nuevo a sí misma, redescubrir que lo femenino se caracteriza por una esencial dimensión de receptividad, de disponibilidad para acoger al otro en la propia intimidad.¹⁴ Si el mundo griego asociaba a lo receptivo (la *materia*) imperfección y falta de plenitud frente a la actividad de la *forma*, la teología cristiana va a ir comprendiendo cada vez más profundamente, en especial a la luz de la Mariología, que la receptividad es la primera actividad básica del hombre y, por ello, una perfección, más aún, la perfección propia y específica del ser creado. En este sentido, la receptividad femenina adopta el valor de símbolo, incluso diríamos con Alexander Schmemmann valencia sacramental, y manifiesta de modo particularmente hermoso y dulce la actitud metafísicamente religiosa del ser humano. Ella acoge el amor previo y gratuito de Dios, es su testigo y guardián, en una actitud de gratitud y alabanza.¹⁵

¹⁴ Cf. G. ZUANAZZI, *Temi e simboli dell'eros*. Roma 1991, 35-54, citado en L. MELINA, “«Dios confía el ser humano...»”, *op. cit.*, 26.

¹⁵ Cf. L. MELINA, “«Dios confía el ser humano...»”, *op. cit.*, 26.

Esta es la verdadera misión de la mujer: custodiar el orden del amor, ser la auténtica alternativa a la secularización y manipulación tecnocrática del mundo, en que el hombre se convierte a sí mismo en su propio experimento, de la mano de la biotecnología aplicada al hombre mismo. Es la tentación prometeica de manipulación integral o de re-creación total de sí, la fórmula demoníaca actualizada de la bíblica “*seréis como dioses*”.¹⁶

“Allí donde la libertad de hacer se convierte en libertad de hacerse por uno mismo, se llega necesariamente a negar al Creador mismo y, con ello, también el hombre como criatura de Dios [...] queda finalmente degradado en la esencia de su ser.”¹⁷

Es en este profundo sentido en el que debe entenderse la afirmación de Gertrud von Le Fort cuando sostiene que “*la caída religiosa de nuestros días [...] se percibe ya claramente en la aparición empírica de lo femenino*”, no porque la mujer no deba aparecer ni ser protagonista de la vida histórico-cultural –ya hemos visto que la Iglesia grita que Dios está realizando esa llamada a la mujer–, sino porque no lo hace según el designio de Dios, respondiendo a su llamada. La tentación del paraíso, siempre actual, es la de elevarse y darse culto a sí misma, no de ser elevada por el Creador. No podemos dejar de asentir, en este sentido, a que se trata de un signo inequívoco de la caída religiosa de la humanidad.¹⁸

La mujer debe aprender de su propia especificidad femenina, del Dios que la ha creado mujer, que la grandeza y plenitud de la criatura

¹⁶ Cf. *ibid.*, 24.26.

¹⁷ BENEDICTO XVI, Discurso a la Curia romana con motivo de las felicitaciones, *op. cit.*

¹⁸ Cf. G. VON LE FORT, *id.*, 29s.

PRÓLOGO

está en dependencia del reconocimiento de que el primer lugar, la iniciativa, la primacía, la tiene el Creador, la primera “acción” de la criatura consiste en recibir y darse en respuesta de amor.

Las profundas, hermosas e incisivas reflexiones que nos brindan los autores de la presente publicación pretenden ser una contribución para comprender mejor al hombre (varón y mujer) a la luz del misterio femenino, que realza bajo la luz que le es propia la dimensión relacional de toda criatura, la profunda reciprocidad de las personas diferentes en su sexualidad e iguales en su humanidad. La mujer, como madre y educadora, “*tiene una precedencia específica sobre el hombre.*”¹⁹ Por eso, la responsabilidad que Dios le ha confiado a la mujer de custodiar al ser humano es grandiosa e ilusionante. En este sentido, nuevamente es la hora de la mujer.

¹⁹ SAN JUAN PABLO II, *Mulieris dignitatem*, 22.